

fía sus mil reflexiones dispersas y contradictorias acerca del mundo y de la vida, no reducidas a sistema, multiplicadas en fórmulas diferentes y cambiantes.

No es crédulo. No admite verdades absolutas. Las cosas son todas igualmente inciertas y discutibles. Son según las percibimos, y nuestros sentidos las deforman; son según las juzgamos y nuestros juicios son variables. Cualquier distinción entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, es ilusoria. El bien y el mal no tienen ninguna realidad. El primero no podría existir sin el segundo. Es excelente norma de conducta dudar de todo y no hacerse demasiadas ilusiones. Pero conviene que el sabio se conforme a las costumbres y al uso de su tiempo, que en eso consiste la mudable moral. El hombre ignora su finalidad. La vida es en el universo un accidente pasajero. Nada comienza y nada acaba. Todo fluye y pasa. La historia de los hombres se resume en tres palabras: «Nacieron, sufrieron y murieron». La marcha del mundo es lenta. Las cosas cambian menos de lo que creemos. Lo que es, será *Nihil novum*...

No resulta fácil aprisionar el pensamiento ondulante y tornadizo del moralista en unas pocas fórmulas precisas. Ya dijimos que la suya no era una doctrina ni lo pretende. La contradicción no le asusta. Al contrario, le parece lógica. ¿Por qué creer que entre tantas afirmaciones una sola sea la cierta? Por otra parte el pirronismo es filosofía antigua cuanto al mundo y no cabe suponer que Anatole France le haya agregado